

A

ARTURO
PÉREZ-REVERTE



TODO
ALATRISTE

Ilustrado por Joan Mundet

Todo Alatríste reúne por primera vez en un solo volumen las siete novelas que componen la aclamada serie de *Las aventuras del capitán Alatríste*.

«No era el hombre más honesto ni el más piadoso, pero era un hombre valiente...».

Con esta frase ya legendaria, Arturo Pérez-Reverte daba comienzo, hace veinte años, a la primera de las novelas protagonizadas por el capitán Alatríste, un soldado veterano de los tercios de Flandes que malvive como espadachín en el Madrid del siglo XVII. Sus aventuras constituyen uno de los grandes hitos de la historia editorial reciente en lengua española: la serie, compuesta por siete novelas, ha vendido millones de libros en todo el mundo, ha inspirado cómics, películas, obras de teatro, series televisivas y juegos de rol, y con ella han crecido como lectores miles de jóvenes.

Todo Alatríste reúne por primera vez en un solo volumen las siete novelas que componen la serie: «El capitán Alatríste, Limpieza de sangre, El sol de Breda, El oro del rey, El caballero del jubón amarillo, Corsarios de levante y El puente de los asesinos». Incluye, además, un prólogo del autor sobre la trayectoria del personaje, una introducción del catedrático español Alberto Montaner, y la biografía del capitán Alatríste.

Con esta edición especial, firmada por su autor, Alfaguara rinde homenaje, al que es sin duda, el gran personaje de la literatura contemporánea en español.

HISTORIA DE UN HÉROE CANSADO

Le atrajo siempre, desde niño, esa España fascinante y peligrosa del siglo xvii, de callejuelas estrechas y mal alumbradas, tabernas, burdeles y garitos de juego, corazón de un mundo en guerra, cuando Madrid era la capital del imperio más grande de la tierra. Una España arrogante y orgullosa donde la vida había que ganársela, a menudo, entre el brillo de dos aceros. Así que decidí, con ayuda de mi hija Carlota, que entonces tenía doce años y colaboró con entusiasmo en el primer volumen, recrear semejante escenario en una serie de novelas que debieran tanto a los libros de Historia y a las relaciones de la época como a las novelas de aventuras que amé en mi infancia —Dumas, Féval, Sabatini, Salgari y tantos otros— constituyó un desafío y un trabajo muy divertido. Inventé un personaje y me puse a ello. Un individuo políticamente incorrecto, un viejo soldado de los tercios españoles, un asesino a sueldo que, sin embargo, mantiene el código de honor de ciertas actitudes y ciertas amistades.

Pero no fue sólo eso. Homenajes literarios y lecturas de juventud aparte, mi intención era también, con páginas llenas de lances y peripecias, adentrarme, con el lector, en aspectos más profundos del Siglo de Oro español. Recordar que somos lo que somos porque fuimos lo que fuimos. Enseñar sin que se notara demasiado la intención didáctica, los aspectos fundamentales de la historia, de la literatura, de la pintura, de la política, de la vida del xvii. De esa decisión habrían de nacer algunas características fundamentales

del relato y también del lenguaje en el que está escrito: rescate de la vieja germanía y aroma clásico combinados con el intento de una eficacia narrativa adecuada para el lector del siglo XXI. Puesto que, hacia 1995, cuando empecé la serie, estaba ya muy avanzada en los planes de estudio la consigna del desmantelamiento cultural, incluida la ignorancia contumaz de la Historia y la Literatura españolas, se trataba de rescatarlas en lo posible, y ponerlas de nuevo a circular, contándolas a la manera de una novela de aventuras.

Como el marco era la España de los Austrias, los modelos estaban ahí: la novela picaresca, las comedias de capa y espada, los versos de Francisco de Quevedo. Después de todo, puesto que Alatríste era un soldado de fortuna, su historia podía rastrearla en los memoriales históricos de los soldados de su tiempo: Duque de Estrada, Contreras, Miguel de Castro, Jerónimo de Pasamonte, así como en el teatro y la poesía de la época, las jácaras de bravos y mandrines, las novelas de Mateo Alemán, de Espinel, de Torres Villarroel, del autor del Estebanillo González o de Miguel de Cervantes. Sin olvidar los «Avisos» de Barrionuevo y de Pellicer. Y si además, tratándose de aquella España, no había más remedio que moralizar de vez en cuando, ¿qué mejor que convertir a Francisco de Quevedo en un personaje de ficción, reconstruyéndolo con sus propios versos, y añadiéndole una destreza de espada —por otra parte, rigurosamente histórica— tan temible como la de su afilada lengua?

Otra de mis intenciones era hacer justicia a unos personajes que siempre me apasionaron: aquellos hombres crueles, arrogantes, valerosos, soldados profesionales y aventureros sin nada que perder y con botines y quimeras por ganar, que forjaron el imperio más poderoso de la tierra, lo sostuvieron con sus espadas y con su sangre, y al cabo se hundieron con él, muriendo como perros callejeros, olvidados de reyes y poderosos, ahorcados por la Justicia, mutila-

dos, pidiendo limosna, acuchillados en un callejón oscuro o en un campo de batalla. Y junto a Diego Alatríste, soldado de los tercios viejos, puse —gracias a Carlota, que me dio el primer punto de vista del personaje— al joven Iñigo Balboa, el testigo, la mirada asombrada al principio, lúcida y crítica después, afectuosa siempre, que permite calar en la compleja personalidad, los rincones oscuros del héroe cansado. Así, junto a Alatríste, el joven Iñigo se forjará un modo de vivir, una manera de ser. Aprenderá la lealtad, las formas de la amistad, el alto concepto de servir a reyes y señores indignos, no por ellos sino por uno mismo. Y a ser, al final, único referente honorable de la propia vida. Junto a la figura derrotada, impasible y dura del capitán Alatríste, Iñigo se convierte en un alumno fiel, en una sombra que aprende viviendo y oyendo aquellas voces maestras del Siglo de Oro, en contacto continuo con los nombres, los versos, las obras, los cuadros de esa España prodigiosa. De esta manera quise demostrar que aprender es vivir en el roce con la calle, con los libros, con la Historia. Que quien mucho anda y mucho lee y mucho pelea, mucho sabe. Y esa mirada crítica dirigida hacia nuestro siglo XVII puede volverse también, a los ojos del lector cómplice, en un espejo que refleje la España actual, o en clave que la explique.

Las aventuras del capitán Alatríste son, en suma, nuestra historia contada desde el lado de los olvidados. Desde una posición hija del valor, del honor y de la lucidez estoica en la derrota. Quizá a eso se deba el éxito de la serie entre tantos jóvenes estudiantes, ávidos de emocionarse con la trama, de disfrutar leyendo, de comentar los versos o las emboscadas. De enorgullecerse y horrorizarse al mismo tiempo, sin complejos, de lo que somos y de lo que fuimos, en esta nación hecha de pueblos diversos, cuyos quinientos años de existencia y tres mil de memoria se atreven a negar, hoy, los oportunistas y los imbéciles.

Fue de ese modo y con esas intenciones como nacieron las novelas del capitán Alatríste. Y para mi sorpresa, lo que en principio iban a ser sólo una pequeña batalla personal por la memoria para la generación de mi hija, se convirtió en un fenómeno editorial. Cuando mis editores hablan de casi cuatro millones de ejemplares distribuidos sólo en España, mi orgullo principal es saber que buena parte de esos libros se leen en los colegios, y que hay profesores que los utilizan tanto para trabajos de literatura como de historia y hasta de ética. Todo eso, reforzado por la aparición de juegos de rol, historietas publicadas por entregas, un cómic sobre los dos primeros episodios de la serie, un sello de Correos, traducciones a lenguas extranjeras, dos pequeñas piezas teatrales, la película protagonizada por Viggo Mortensen y dirigida por Agustín Díaz Yanes, y la serie de televisión en la que un estupendo Aitor Luna encarna a Diego Alatríste. Nunca esperé tanto, así que mi satisfacción es absoluta. Hasta se organizan visitas turísticas a las calles del Madrid de Alatríste. Y yo mismo, cuando paseo por esos antiguos barrios, no puedo evitar sentir que tras cualquier esquina aparece la delgada y taciturna silueta de mi amigo el capitán, ver brillar la espada de su mortal enemigo el italiano Gualterio Malatesta, escuchar el acento andaluz del pintor Velázquez, oír tras la tapia del corral del Príncipe o de la Cruz a los actores declamar versos de Lope de Vega o Calderón en representaciones teatrales que a veces terminan con estocadas, o entrar en cualquier taberna donde el poeta Quevedo compone versos entre pendeencias, amoríos y botellas de vino. Borrar las fronteras entre realidad y ficción, y terminar no pudiendo diferenciar bien lo vivo de lo imaginado, resulta fuente de especial placer para cualquier autor. A fin de cuentas, para eso algunos escribimos novelas.

Arturo Pérez-Reverte
De la Real Academia Española

INTRODUCCIÓN

Al capitán Alatríste le cabe el honor de ser una de esas criaturas fictivas (que no irreales) las cuales han ingresado en el selecto club de los mitos literarios, aquellos personajes que gozan en el imaginario colectivo de una personalidad propia y de una vigencia intemporal, a menudo al margen, no ya de sus autores (ahí tienen al pobre *Sir Arthur Conan Doyle* teniendo que «resucitar» a *Sherlock Holmes* para evitar males mayores), sino incluso de las obras en las que aparecen (aunque esperemos, por la parte que nos toca, que no suceda así en el caso alatrísteo). Lo constataba no hace mucho López de Abiada: «Alatríste es, a mi juicio, una de las figuras literarias mejor trazadas de las últimas décadas. No sorprende, por tanto, que haya pasado ya, pese a que su creación sea todavía muy reciente [...], a formar parte del reducido grupo de personajes literarios españoles que han sido elevados a categorías simbólicas»^[1], mientras que Bogdanovskiï, el traductor al ruso de las novelas que integran *Las aventuras del capitán Alatríste*, no tenía empacho en calificarlas, en su presentación, de «un nuevo clásico de la literatura universal de aventuras»^[2].

Todo un mérito, si tenemos en cuenta que a este club de élite pertenece sólo otra media docena de miembros españoles, nada menos que con la influencia histórica y el prestigio cultural del *Cid*, *Celestina*, don Juan o don Quijote, además de un pícaro de mil caras que lo mismo puede empezar siendo *Lázaro de Tormes* que acabar en *Gil Blas de Santillana*, por no hablar de más recientes reencarnaciones. Un club que en el caso de *Diego Alatríste y Tenorio*, soldado arcabucero en los Reales Ejércitos de Su Majestad

Católica, abocado a enfrentarse por igual a los mosqueteros de la guardia del Rey Cristianísimo (es decir, el de Francia) que a sus cadetes de Gascuña, por fuerza había de ser un *club Dumas*.

I. ENCUADRE LITERARIO

I. 1. *De capas y espadas*

La referencia mosqueteril no constituye sólo un ingenioso guiño, sino un modelo efectivo. *Las aventuras del capitán Alatríste* tienen como claro referente de su construcción narrativa el subgénero novelesco de capa y espada, el cual emparenta a su vez con la narrativa de aventuras de ambientación histórica, en la línea que va de Walter Scott a Robert Louis Stevenson, pero que cuenta con representantes específicos: aquellos relatos cuyos protagonistas tienen en común su destreza en el arte de la esgrima, que va acompañada de un peculiar, pero no menos efectivo, sentido del honor (y a menudo del humor)^[3].

Los primos literarios de Alatríste son básicamente franceses; por orden cronológico de los propios personajes, se trata nada menos que de tres gascones, el D'Artagnan de la trilogía de Alejandro Dumas; el barón de Sigognac de Théophile Gautier y el Cyrano de Bergerac de Edmond Rostand; el cuarto es parisino, el caballero Henri de Lagardère de Paul Féval, y un quinto, mucho más joven, ya de finales del siglo XVIII, procede de la oscura aldea de Gavrillac (cerca de Rennes) y se llama André-Louis Moreau, aunque es mucho más conocido como Scaramouche, del italiano Rafael Sabatini. Y si pasamos a la otra orilla del Canal, convendrá citar entre la parentela de Alatríste, aunque éstos sean ya primos lejanos, a dos coetáneos de Scaramouche, el osado Sir Percy Blakeney de la serie de novelas *La Pimpinela Escarlata*, de la baronesa Emma Orczy, y el personaje histórico del bandolero Dick Turpin.

Mención aparte merece el comprometido periodista político y autor de novelas de éxito Michel Zévaco, cuyas cualidades narrativas y actitud desafiante eran tan apreciadas por el filósofo Jean-Paul Sartre y a quien se debe, entre otras muestras del género, las diez novelas protagonizadas por Honoré de Pardailan y su hijo Jean, *Les Pardailan (Los Pardellanes, 1907-1926)*, que aparecieron primeramente como folletón del periódico *Le Matin (1906-1918)*.

Cualquier lector de *Las aventuras del capitán Alatríste* podrá advertir la conexión de esta serie con sus antecedentes novelísticos. En general, lo que la serie alatrísteasca hereda de su genealogía literaria es lo que toda obra debe al género en que se inserta o, al menos, del que parte, es decir, «por un lado, una serie de posibles contenidos; por otro, una serie de técnicas discursivas»^[4]. Estas últimas determinan aspectos capitales de la construcción novelística, como la forma de presentación de los personajes, el estilo y, algo fundamental en el caso de la novela de capa y espada, las estrategias narrativas. En este subgénero resultan canónicos dos aspectos que pasan de lleno a la serie alatrísteasca: el gusto por la peripecia y la preponderancia de la intriga. Resultan suficientemente expresivas del papel que aquí desempeña el primer componente las siguientes palabras de Julio Recarte: «La serie de Alatríste es un retorno a la aventura, con mayúsculas. Bebe directamente de las fuentes de Dumas, Féval, Hope, Salgari, Sabatini y tantos otros escritores de folletines del siglo XIX, y ha revitalizado y puesto de moda un género que, junto a los de la fantasía y la ciencia-ficción, en este país tenemos relegado, porque somos así, en la estantería de “literatura juvenil e infantil”»^[5].

En cuanto a la intriga, es el tipo de construcción argumental que suscita la permanente curiosidad del lector debido al componente enigmático y sorprendente de los sucesos que la integran^[6], lo que en la novela de capa y espa-

da debe mucho a recursos tan típicos de la novela de folle-tón^[7] como las misiones secretas, los disfraces, las consigui-entes identidades ocultas y la indispensable agnición (también llamada anagnórisis) o reconocimiento de los per-sonajes^[8]. A fin de cuentas, como señala la «Nota del edi-tor» al final de *El sol de Breda*, «la pintura, como la literatu-ra, no es sino una sucesión de enigmas, de sobres cerrados que encierran otros sobres cerrados en su interior» (p. 682).

Pero peripecias e intriga son sólo los dos factores más destacados de «una serie de elementos concretos: héroe, ayudantes y antagonistas (plano macroscópico de la nove-la); ejecutor/detective, elementos de suspense, señales, mandantes, víctimas, ayudantes, emboscadas (o trampas), interrogatorios y desenlace (plano microscópico)»^[9], propios de la novela de capa y espada y, más en general (de ahí la alusión al detective), de toda la narrativa vinculada a la resolución de un caso o *misterio*.

El protagonista habitual en dicho género novelístico es el héroe romántico, aunque a menudo con rasgos de anti-héroe, aquel que por alguna razón física o moral no respon-de al tipo heroico tradicional o bien se convierte en héroe a su pesar (volveré más tarde sobre este punto). Alatríste, mercenario de la espada, participa más de la segunda cua-lidad que de la primera, acercándose en esto más a los pro-tagonistas de la novela negra que a los espadachines deci-monónicos^[10]. Al igual que muchos antihéroes, el capitán es un hombre solitario, pero no está solo; de un modo pa-recido a D'Artagnan con los tres mosqueteros y a Lagardère con los maestros de esgrima Cocardasse y Passepoil, Alatríste tiene sus amistades, que ejercen, cada una en la medida de sus posibilidades, la función de auxiliares del héroe. Algunos son de noble cuna, así el conde de Guadal-medina (antes de convertirse en su antagonista) o el céle-bre poeta Francisco de Quevedo; pero la mayoría es gente del común, como su posadera y ocasional amante Caridad

la Lebrijana, dueña de la taberna del Turco, donde Alatríste se hospeda y se reúne con el resto de sus amigos: el Dómine Pérez, jesuita y preceptor; el Licenciado Calzas, leguleyo de pocos escrúpulos; el Tuerto Fadrique, boticario, y sus antiguos camaradas de Flandes, el garitero Juan Vicuña y el teniente de alguaciles Martín Saldaña (a los que se unirá el entrañable Sebastián Copons en la tercera entrega de la serie). Y, sobre todo, claro está, Iñigo, que además de ser, como testigo privilegiado, el narrador de la historia, cumple en muchas ocasiones el papel de deuteragonista, es decir, el principal colaborador y ayudante del héroe (lo que no le impedirá, en su momento, tener sus más y sus menos con el capitán). ¿Hará falta evocar aquí la figura del doctor Watson, aunque sea en versión adolescente?

Sin duda, la novela de capa y espada no sería lo que es sin los villanos. Los antagonistas del (anti)héroe son personajes taimados, malignos, que no ocultan su identidad, pero se mueven entre las sombras. Unos son poderosos, como Richelieu en *Los tres mosqueteros*, el príncipe de Gonzaga en *El jorobado* o el duque de Vallombreuse en *El capitán Fracasse*; otros son sus agentes y sicarios, como *Milady* o Rochefort en la primera novela, Peyrolles en la segunda o Chiquita (aunque ésta de forma ambivalente) en la tercera. ¿Y qué decir de la hermosa y maligna princesa Fausta de *Les Pardaillan*, que además es nada menos que descendiente de los Borgia? De modo análogo actúan en *El capitán Alatríste* el fanático Gran Inquisidor fray Emilio Bocanegra y el mezquino e insidioso secretario real Luis de Alquézar, en las altas esferas, y el sicario siciliano de inquietante sonrisa Gualterio Malatesta, a pie de calle. Además, claro está, de ese magnífico, pero siempre ambiguo, proyecto de *femme fatale* que es «Angélica de Alquézar, perversa y malvada como sólo puede serlo el Mal encarnado en una niña rubia de once o doce años» (p. 74).

En este género novelístico, como veremos luego con más detalle, los personajes se definen por sus acciones. Sin

embargo, y de modo aparentemente paradójico, la posibilidad de preverlas es a menudo el único recurso para seguir con vida. Por ello, la insistencia en ciertas marcas de lenguaje corporal o gestual constituye también una de las señas del género. A veces, la clave está justamente en no hacer nada: los silencios de Alatríste son un rasgo definitorio de su carácter, pero también pueden ser significativos en el caso de otros personajes, como fray Emilio («dicho aquello, el dominico quedó en silencio y nadie osó pronunciar palabra», capítulo II de *El capitán Alatríste*) o el conde-duque de Olivares, el todopoderoso valido del rey Felipe IV. También destaca la impasibilidad de la que pueden hacer gala no sólo el propio capitán, o su mortal enemigo Malatesta, sino también, y en este caso con connotaciones mucho más siniestras, el inquisidor Bocanegra.

Otras veces son elementos activos los que afectan a esta presentación de los personajes. Esto resulta obvio cuando alguien se emboza en la capa para no ser reconocido o apoya la mano de forma más o menos ostensible en el puño de su espada, lo que no requiere de mayor comentario. Sin embargo, también hay indicios más sutiles y por ello mismo a veces más decisivos. Importante resulta la voz, con frecuencia amenazante o severa, aunque en algunos personajes (el príncipe de Gales en la primera novela de la serie, por ejemplo) juvenil e incluso jovial; pero más aún lo es la sonrisa, peligrosa casi siempre, tanto la enigmática de Angélica como la siniestra de Malatesta, de quien además se destacan su inquietante silbido, *tirurí-ta-ta*, al aire de una chacona, y su funesta risa, con la que se presagian inciertos males.

Además de la construcción de la intriga en general, la trama se caracteriza por la presencia de momentos específicamente consagrados a la creación e intensificación del suspense. En cuanto a los desenlaces, quedan en buena parte abiertos, como corresponde a la novela de folletón, una de cuyas claves es la posibilidad de generar continua-

ciones, en este caso, obviamente, la serie entera de *Las aventuras del capitán Alatríste*^[11].

I. 2. *Relaciones de soldados y «vidas de sí mismos»*

En el Siglo de Oro los soldados escribían, y mucho. No se trata sólo de los caballeros poetas, como Garcilaso, que se retrata a sí mismo, en un célebre verso, «tomando ora la espada, ora la pluma»^[12], sino de una escritura que en buena parte cabría calificar de profesional, puesto que tenía que ver con la necesidad o conveniencia de dar cuenta de sus acciones y servicios a las autoridades competentes. Al menos desde las célebres *Cartas de relación* en que Hernán Cortés va informando a Carlos V de sus avatares en México o aquella en la que Pedro de Alvarado refiere al propio Cortés «las guerras y batallas para pacificar las provincias del antiguo reino de Goathemala»^[13], los archivos y después (conforme se van divulgando) las bibliotecas empiezan a llenarse de dos tipos de documentación, las relaciones y los memoriales. En las primeras, los protagonistas de una campaña militar o de un suceso bélico concreto dan cumplida cuenta a sus superiores, en una especie de combinación de diario de campaña y de parte de guerra. Lógicamente, el interés que entre el público despertaban estos sucesos hizo que tales relaciones saliesen inmediatamente de los circuitos administrativos y circularan tanto manuscritas como impresas. A su vez, esto retroalimentaba el circuito, pues, visto el éxito del género, nuevos escritores, a veces meros testigos, incluso sólo de oídas, se animaron a referir este tipo de sucesos. De ahí al periodismo profesional había sólo un paso, aunque éste no se dará en España hasta el siglo XVIII^[14].

Las relaciones de soldados no incluían sólo los hechos de armas; muchos de ellos, especialmente en el Mediterráneo, quedaron en manos del enemigo, pasando largos

años de cautiverio y aun de esclavitud, y esas experiencias también fueron a menudo plasmadas por escrito en relatos que tenían como fines más frecuentes bien atestiguar ante la Inquisición que quien regresaba del cautiverio no había renegado, es decir, apostatado del cristianismo para convertirse al islam, bien solicitar algún tipo de compensación por las penurias sufridas durante ese tiempo. Esta segunda modalidad enlaza con el otro tipo documental aludido, los memoriales, es decir, instancias elevadas a la superioridad que contenían el historial del soldado (hoy diríamos su currículo), alegando los méritos contraídos y los servicios prestados para justificar la concesión del beneficio que se pedía, el cual solía ser una *ventaja* o sobresueldo, pero también, en el caso de los *estropeados* o mutilados de guerra, una pensión de invalidez u otra forma de compensación, como es el caso del permiso para abrir un garito o casa de juego concedido en la obra que nos ocupa al manco Juan Vicuña, el amigo de Alatríste^[15].

Esta escritura de inspiración en cierto modo administrativa dio pronto paso, en autores con aspiraciones menos inmediatamente utilitarias, al relato de ese mismo tipo de experiencias en diversos registros literarios. Del modelo de la relación, que pretende ofrecer un punto de vista objetivo, surgen obras históricas, unas veces compuestas por los mismos testigos de los hechos y otras por quienes se basan en sus relaciones previas como fuente privilegiada de información.

En el caso de América, el desarrollo de esta modalidad historiográfica fue tal, debido al cúmulo de sucesos y novedades allí producidos, que conformó un subgénero específico, las crónicas de Indias, con autores tan señalados como Gonzalo Fernández de Oviedo o Bernal Díaz del Castillo, por citar sólo dos nombres muy significativos^[16]. Además, esta misma materia podía ser tratada en clave no sólo histórica sino también heroica, y así, frente a las típicas epísto-